

ARNEDO

Arnedo se ubica en la comarca de la Rioja Baja y da nombre a la subcomarca del valle medio del Cidacos, que se denomina también Hoya de Arnedo. Esta formación tiene forma elíptica, y el río penetra en ella por Arnedillo, abarcando los pueblos de Santa Eulalia Somera y Bajera, Herce, Arnedo, Quel y Autol. En la margen derecha se levanta la peña Isasa, que domina todo el valle desde sus 1.500 m de altura, y en la izquierda, al Norte, paredes arcillosas de un rojizo muy característico, que se corresponden con un escarpe de falla del borde del Sistema Ibérico, y que casi no dejan espacio a los pueblos para desarrollar sus caseríos. Toda esta orilla izquierda del valle medio del Cidacos presenta en esos cortados o farallones una serie de cuevas artificiales de gran valor histórico y etnográfico, que forman parte del característico paisaje de la zona.

La población de Arnedo, centro geográfico y económico de esta subcomarca, se ubica en la mitad de la hoya, bordeada por los cerros de San Miguel, del Castillo y de San Fruchos. Dista de Logroño 50 km, accediéndose desde allí por la Nacional 232 en dirección Zaragoza hasta El Villar de Arnedo, y tomando después la carretera local o autonómica LR-123.

Probablemente los primeros asentamientos humanos del valle medio del Cidacos se situaron cerca del río, y sólo en épocas de conflicto ascenderían a los cerros. De hecho, los testimonios arqueológicos conservados de la Edad de los Metales parecen indicar que los pobladores de época prerromana se instalaron en las cimas de estos cabezos, respondiendo a un tipo de hábitat concentrado. De esta época hay en la comarca varios restos de poblados de la Edad del Hierro (Primer Milenio a. J. C.) relacionados con la cultura celtibérica, que sucumbieron con la dominación romana, como el del cerro de San Miguel o Monte Calvario en Arnedo.

Tras la llegada de los romanos en el siglo II a. C., probablemente estos asentamientos celtíberos en cerros se abandonan. En la historiografía romana no se cita Arnedo, por lo que de nuevo hay que recurrir a la arqueología. Se supone que en esta época el pueblo cambia de emplazamiento trasladándose al pie del cerro del Castillo, pues allí y en el cerro de San Fruchos aparecen restos de terra sigilata. Aunque se piensa que los romanos pudieron levantar en ambos cerros algún tipo de fortificación, lo cierto es que no se conserva ningún resto de construcción de esa época. Por Arnedo pasaban entonces diversas vías romanas, como la calzada que unía Calahorra con Numancia por la margen izquierda del río. Allí debía de terminar también un camino que unía las rutas del valle del Cidacos y del Alhama, el cual debía de comenzar en Contrebia Leukade (Inestrillas) y pasando por Grávalos, terminaba en Autol y Arnedo. Además, de Arnedo posiblemente partía la vía que conducía a la ciudad romana de Varea. Sin embargo, estos caminos no debieron de ser muy significativos pues no hay signos de que por aquí hubiera importantes ciudades, excepto *Calagurris* (Calahorra), sino un hábitat disperso a base de explotaciones agropecuarias tipo villa.

A partir de las invasiones de los pueblos bárbaros desde el siglo III d. C., que aceleran la caída del Imperio Romano, la vida en el valle se torna insegura y la población, que hasta entonces estaba asentada en estas villas agropecuarias, abandona los núcleos urbanos no amurallados, huyendo hacia los montes. A partir de comienzos del siglo V se producen una serie de guerras, calamidades, *razzias*, saqueos, y la población tiene que esconderse y meterse literalmente bajo tierra, trasladando a las cuevas las formas de vida que mantenía en superficie. En la comarca de Arnedo, el cristianismo penetra hacia los siglos IV o V, y sus habitantes van ocupando mediante este tipo de hábitat rupestre toda la parte septentrional del pueblo, entre el cerro de San Miguel y el del Castillo, y otras zonas cercanas como el cerro de San Fruchos. El fenómeno rupestre se da en estos momentos en dos ámbitos: por un lado afecta a la población laica

que se va a vivir a las cuevas, y por otro, a agrupaciones de eremitas cristianos que se retiran a cavidades de la roca más inaccesibles para llevar una vida ascética. Algunas de estas cuevas, por tanto, nacieron como cuevas-eremitorio, cuevas-iglesia o cuevas-monasterio, siendo habitadas por eremitas, anacoretas o monjes, pero otras fueron cuevas-vivienda, que en épocas más recientes se han seguido reutilizando no sólo como casas, sino como bodegas, cuadras, pajares, trasteros para guardar aperos de labranza y palomares.

Castillo

EL CASTILLO DE ARNEDO, que domina la ciudad en su zona nororiental, se configuró a través de varios momentos históricos. Los primeros restos fehacientes de construcción datan de época musulmana, de los siglos IX o X. Tras la invasión del 714, fecha en que los árabes llegan a La Rioja, éstos toman la ciudad y construyen un castillo, que a partir de este momento desempeñó un importante papel en las luchas de conquista y reconquista. Es en este período que abarca los siglos VIII al XI cuando la garganta del Cidacos cobra una importancia estratégica por ser la puerta a Valdearnedo o Valle de Arnedo, zona que controlaba la supuesta calzada romana que, siguiendo el río, unía Numancia con Calahorra, o dicho de otro modo, las tierras del Duero con las del Ebro. Por tanto, hasta el siglo XI nuestra comarca debió de ser la avanzadilla de la frontera frente al Islam, que seguiría el curso medio y alto del Cidacos. Tras la pérdida de Calahorra, a los musulmanes les debió de resultar difícil mantenerse en este valle.

Los castillos que lo jalonan son muy numerosos porque formaban parte del mismo bastión o línea defensiva desde el nacimiento del río en tierras de Soria, hasta su desembocadura en el Ebro, muy cerca de Navarra y Aragón. Este sistema defensivo, existente desde época altomedieval, estaba formado en el valle bajo por el desaparecido castillo de Calahorra, en el medio por los castillos y torres fuertes o atalayas de Autol, Quel, Arnedo, Herce y Préjano, y en el alto por los de Arnedillo, Enciso y Yanguas.

El castillo de Arnedo es indudablemente de origen musulmán porque, aparte de atestiguarlo su tipología y técnica constructiva, como veremos más adelante, lo citan algunas crónicas árabes como una de las defensas más fuertes de la zona frente a los cristianos. En el siglo IX perteneció a la familia muladí de los Banu Qasi, concretamente a Muza Ben Muza o Muza II, tercer rey de España. El dominio de esta familia sobre el valle del Ebro terminó a partir del 923, año en que se reconquistó Nájera, Viguera y posiblemente Arnedo, mediante la alianza del rey de

Asturias Ordoño II y el de Pamplona Sancho Garcés I. En 924 moría el último miembro de los Banu Qasi.

No obstante, las fuentes reflejan que en el siglo X el castillo todavía se encontraba en manos tanto de cristianos como de musulmanes. En el año 920 o 921, el Amir derrotó al rey Sancho Garcés I de Navarra que estaba en el castillo de *Amit*. En 932 Muhamunad ibn Hasir lo entrega a Abderramán III. En la crónica del moro Rasis, escrita en 936, se dice que "En torno a Tudela hay muchas villas y muchos castillos muy fuertes, de los cuales es el uno *Arrayt* (Arnedo). Y cuando España de moros era, era *Arrayt* su escudo contra los cristianos". Según la escritura *Donatio in Noceta*, conservada en el Archivo de Simancas, en 958 figura como tenente pamplonés Velasco Licurt, que es el primer señor de Arnedo conocido. Para esta fecha con toda seguridad ya había sido reconquistado.

A lo largo de los siglos XI y XII su tenencia aparece vinculada a los Fortúñez o Fortuniones, entonces señores de Cameros. En 1176 los reyes Alfonso VIII de Castilla y Sancho VI de Navarra firman las paces y aluden a dos castillos de Arnedo, uno cristiano y otro judío: *Castellum christianorum et castellum iudeorum*; en 1185, el prior de Calahorra Juan vende a Lope de Arnedo una pieza que fue del conde don Lope, situada *sub castello de Areneto*.

En el siglo XIV el señorío y el castillo pasan a los Fernández de Velasco, pues en 1378 el francés Bertrán Duguesclín, que había sido nombrado señor de Arnedo por el rey Enrique II de Trastámara, despojando del señorío a Alfonso López de Haro, lo vende a Pedro Fernández de Velasco. Esta familia lo mantuvo hasta el XV, época en la que se construyó una casa-palacio en zona llana y extramuros de la villa. El 14 de abril de 1458, el condestable de Castilla Pedro Fernández de Velasco, primer conde de Haro y nieto del anterior, fundó para su tercer hijo Sancho, un mayorazgo sobre la villa de Arnedo y su fortaleza, obligando al pueblo al pago de diversos tributos para mantenerla, como poner en ella guardas y velas. Para liberarse de esta obligación, el 18 de mayo de 1512 los señores lle-

garon a un acuerdo con el pueblo mediante el pago de doscientos mil maravedís. Aunque consta documentalmente que hacia 1575 era alcaide de la fortaleza Rui Díaz de Fuenmayor, a partir del XVI fue abandonándose y desmoronándose paulatinamente, sufriendo una última reconstrucción en la I Guerra Carlista (1837), en la que fue utilizada como cuartel por los arnedanos.

Como en su origen fue ocupada tanto por musulmanes como por cristianos según las diversas circunstancias históricas, presenta la tipología de las primitivas fortalezas que se edificaron desde el siglo IX en las zonas de frontera. Es un castillo de los llamados montanos, roqueros, roqueños o topográficos, con fuerte influencia musulmana, de los *bisn* o alcazabas concretamente, de difícil acceso por su función exclusivamente defensiva y militar, ubicado en un elevado macizo rocoso, con planta irregular adaptada a la topografía, pequeñas construcciones a modo de torres atalayas en los puntos más elevados, y murallas que aprovechan también los resaltes rocosos del terreno.

Actualmente el desmoronamiento de la roca, que es arenisca rojiza, impide ver cómo era la planta, aunque se

adivina que fue de forma más o menos de triángulo equilátero. Es mucho más inaccesible por su lado meridional que por el septentrional, ya que sus defensas exteriores naturales están configuradas por un escarpe al Este y Sur, y por un talud en el resto de los lados. Posee dos partes fundamentales: una barrera exterior y un recinto interior. De la barrera exterior quedan restos al Oeste y en un nivel inferior, con muros de mampostería y refuerzos de sillería, adaptándose sus cimientos a la roca natural. El acceso a esta barrera externa por occidente pudo ser un arco rebajado en mampostería que apoya a ambos lados en la roca, y que apenas se adivina ya. El pueblo se extiende a los pies de esta ladera.

El recinto interior también se adapta al terreno, constituyendo una planta irregular de forma triangular con vértices al Noroeste y Sureste rematados en espolones redondeados. El lado norte, por ser el más accesible, estaba reforzado por una torre poligonal al Noroeste con tres aspilleras y por dos cubos redondos, uno al Norte y otro más pequeño al Este. La puerta, de la que no hay ningún vestigio, probablemente se hallaría en la pared oeste o en

Vista general desde el Noreste



el suroeste y sería acodillada, creando un pasillo acodado mediante un muro de mampostería a la izquierda y la propia roca natural a la derecha. A través de él se llega a un primer patio donde quedan restos de un aljibe rectangular. Hacia el centro del flanco norte y adosada a su muro se situaba la torre del homenaje, cuadrangular, de la que se conservan parte de los muros oeste y sur, con una hilada de mechinales en el del norte, que atestiguan que tenía varios pisos. Mediante un boquete abierto en el muro occidental se accede al patio superior o amplia explanada en la que hay restos de un adarve en el muro del flanco sureste, no existiendo más elementos defensivos.

En las estructuras murarias hay fábricas muy heterogéneas: mampostería de sillar, sillarejo, ladrillo e incluso cemento, las cuales revelan intervenciones desde épocas muy antiguas hasta el siglo XX. El castillo de Arnedo refleja muy bien el tránsito entre paramentos hechos con encofrado de mampostería, y otros hechos en sillarejo de mayor calidad, convenientemente desbastado y escuadrado, a fina-

les del siglo X. La zona de mayor antigüedad, datada en esta época, es el muro norte. En el siglo XII, tras la reconquista, debió de experimentar una reconstrucción en la que se ejecutaron en sillaría la torre poligonal, la torre del homenaje cuadrangular y los dos torreones redondos, los cuales todavía son completamente macizos y sólo accesibles por una terraza a la que se llega desde el camino de ronda. La consecución de la torre plenamente circular se alcanza en La Rioja en este castillo, pero de una manera arcaica, pues se hace todavía maciza. En esta torre son perfectamente visibles los hilos del encofrado que parten del mismo suelo, y los gatos de dicho encofrado, que fueron colocados sobre agujas de madera de tamaño muy pequeño.

La última reconstrucción que experimentó en 1837, durante la I Guerra Carlista, afectó bastante a su fisonomía exterior. Se establecieron dos niveles de patios empedrados en la cima del cerro, se levantó en el oriental una casa-cuartel, se limpió el aljibe del patio occidental, se reparó la torre poligonal del noroeste, se realizó el lienzo del este y

Detalle de los paramentos del lado norte





Cubo del castillo en el lado norte

sur, se colocaron aspilleras y garitas en el muro oeste y se reconstruyó la galería que ascendía al cerro por el Oeste, utilizando para todo ello piedras del río Cidacos. Los vestigios de esta reforma se observan en las zonas con fábrica de mampostería escasamente trabada: barrera exterior al Oeste, torre al Noroeste y sus aspilleras, muros oeste y sur de la torre del homenaje y reparaciones en el resto de los lienzos. A partir de 1870 se desmoronó el muro sur; después el Ayuntamiento ordenó desmontar la casa-cuartel para aprovechar sus materiales y a partir de entonces comenzó a desmoronarse y a arruinarse progresivamente.

En 1980 el Ministerio de Cultura encargó un proyecto de restauración al arquitecto Javier Frechilla Camorras, que no se llevó a cabo. Actualmente es de propiedad municipal, y a la espera de una intervención integral respaldada por el Gobierno Autónomo, el Ayuntamiento está llevando a cabo pequeñas actuaciones de adecuación de su entorno más próximo (iluminación, construcción de un mirador de madera, etc.), ya que por su elevado emplazamiento, constituye un excepcional mirador de la ciudad y de sus alrededores.

Ahora bien, su posición de bisagra entre el casco antiguo, la ciudad moderna y los polígonos industriales del extrarradio, es un factor que no ha ayudado a su conservación, la cual es bastante deficiente, tanto en las estructuras constructivas como en la propia roca, que es una arenisca muy vulnerable a la erosión. La situación del muro noreste, que es el más atractivo visualmente, es grave porque aunque la fábrica está bien, la estabilidad de la roca sobre

la que se asienta, peligra. Tanto la torre circular norte, como la torre poligonal del vértice noroeste tienen sus cimientos y sus paredes muy deterioradas y en cualquier momento se puede producir un colapso en la fábrica con la consiguiente ruina. En algunas zonas se han formado cavidades y en otras la roca ha desaparecido dejando a los muros sin apoyo, literalmente colgados en el aire. Los arquitectos y arqueólogos que han realizado una primera aproximación al monumento de cara a su futuro plan director, aconsejan intervenir urgentemente mediante un apuntalamiento y estabilización de las ruinas, un estudio histórico-arqueológico en profundidad y un estudio constructivo, tanto de la fábrica como del erosionado macizo rocoso.

Texto y fotos: MSR

Bibliografía

BUJANDA CIORDIA, F., 1965, p. 435; CABAÑERO SUBIZA, B., 1991, pp. 20, 23, 25; ESTABLES ELDUQUE, J. M., 1993, pp. 13-14; FERNÁNDEZ, M. J., 1911, pp. 27-34; FERNÁNDEZ DE BOBADILLA Y RUIZ, F., 1976, pp. 95-112; GOICOECHEA, C., 1949, pp. 17-19; GONZÁLEZ, J., 1960, II, doc. 267; GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, J. A., 1992, pp. 31-48; HERAS Y NÚÑEZ, M^a A. de las, 1986, pp. 247-248; MORA FIGUEROA, L. de, 1987, pp. 49-58; MOYA VALGAÑÓN, J. G., 1975, I, pp. 128-129; MOYA VALGAÑÓN, J. G., RUIZ-NAVARRO PÉREZ, J. y ARRÚE UGARTE, B., 1992, pp. 89-94; PASCUAL VICENTE, J. M. (dir.), 2006, pp. 111-121; RODRÍGUEZ Y RODRÍGUEZ DE LAMA, I., 1979, III, doc. 286; VILLENNA, L., 1985, pp. 49-63.

Iglesia de San Cosme y San Damián

LA VIRGEN DE VICO es una imagen románica, titular del monasterio de Nuestra Señora de Vico. Allí se veneró hasta mediados del siglo XIX, fecha en que fue trasladada a la iglesia parroquial de San Cosme y San Damián de Arnedo por el abandono de dicho convento. Actualmente se encuentra en la calle central de un retablo rococó de la segunda mitad del siglo XVIII, situado en la segunda capilla del evangelio, que actualmente está dedicada a la Virgen de Vico pero que en otro tiempo se advocó a Santa Bárbara.

El monasterio de Vico está situado a unos 3 km de Arnedo por la zona oeste, sobre una meseta junto a la margen derecha del río Cidacos. Aunque la construcción actual responde a una fundación del siglo XV, su origen habría que buscarlo en la Edad Media, como se intuye de

la propia leyenda de la Virgen y de las primeras noticias documentales. La primera mención conocida se halla en un documento de hacia 1222, del Archivo Catedral de Calahorra. Es un memorial de agravios e irregularidades que se cometen en el obispado de Calahorra y que debe llevar el obispo Rodrigo de Basín para tratarlos con el rey de Castilla Fernando III el Santo. Entre ellos, uno se refiere a Vico y a su alberguería: "...De las heredades reales, de los monasterios, de los hospitales, de las alberguerías, en primer lugar de Corna de San Simeón, de Santa María de Vico, de San Mamés de Ortigosa..." La segunda cita, del siglo XIV, aparece en el *Libro Juratorio* de la catedral de Calahorra, especie de tabla de los romeajes o romerajes del cabildo, o días libres que se concedían al clérigo para peregrinar en proporción a la distancia, durante los cuales se le

dispensaba de sus obligaciones corales. Según este texto, se concedían tres días para ir a Santa María de Vico: ...*Item a Sancta Maria de Vico, tres dias...* De estos dos documentos se deduce la existencia de una iglesia a la que acudían peregrinos, con una alberguería para proporcionarles hospedaje, dedicada a Santa María de Vico.

Entre 1456 y 1458 tuvo lugar la fundación de un convento franciscano, a instancias de fray Lope de Salinas y Salazar, y de sus parientes los condes de Haro, Pedro Fernández de Velasco y Beatriz Manrique de Lara, que entonces eran señores de Arnedo, y por tanto, dueños de la jurisdicción de Vico. Esta noticia la verifican los cronistas de la orden franciscana, los Padres Gonzaga, Wadingo, Hernández de la Torre y Garay, pues no existe un documento fundacional del convento, o no se ha conservado. De esta segunda etapa sólo quedan las ruinas de la iglesia del XVI y XVII, y el claustro del convento, del XVIII.

Durante la tercera etapa, que comprende los siglos XIX y XX, el convento sufrió innumerables saqueos, guerras, expropiaciones y cambios de propietario, lo que originó la huida de los franciscanos y la adquisición de una parte del edificio por el político Salustiano de Olózaga en 1844, quien lo convirtió en residencia palaciega de verano. Esto provocó que hacia 1850 la imagen de la Virgen se trasladara definitivamente a Arnedo, y que el resto de los bienes muebles se comenzaran a esparcir por doquier. Un siglo después, en 1953, su nieta la baronesa de Benasque Blanca de Olózaga, restituyó el convento a los franciscanos de la Tercera Orden Regular de la provincia de Baleares, para establecer un seminario. Esto conllevó la conversión de la villa de recreo burguesa que había creado su abuelo en un noviciado que perduró veinte años. Tras su venta en 1975 a los arnedanos José Ruiz Agustín y Victoria Cabello Muro, éstos lo donaron al año siguiente a una comunidad de monjas cistercienses procedentes de monasterios castellanos (Olmedo en Valladolid y Ampudia en Palencia), las cuales transformaron el seminario en abadía y construyeron una hospedería monacal. A partir de este momento comienza una serie de profundas obras de rehabilitación en el edificio, que continúan hasta la actualidad.

La leyenda de la invención de esta imagen sólo se ha conservado por la tradición antigua, ya que el primer incendio que padeció el santuario hacia 1635 destruyó su archivo, desapareciendo así todos los datos posibles no sólo sobre la leyenda sino sobre la fundación del edificio. La tradición primitiva se ha transmitido a través de los autores de los siglos XVI, XVII y XVIII (Arce, Amiax, Anguiano, Hernández de la Torre, Ortigosa, Carrillo), de los cuales la toman los historiadores posteriores. Aunque las dos primeras menciones escritas son del siglo XVI y se conservan



Virgen de Vico. Vista frontal

en el Archivo de los Padres Franciscanos de Nájera, son las versiones de los Padres Hernáez de la Torre y Carrillo los que refieren la leyenda de un modo más extenso, y sus versiones son las que se manejan en la actualidad. Según ambos, cuando Arnedo gozaba ya de libertad cristiana, permanecían todavía en un lugar llamado Vico, algunos moros dedicados al cultivo de las tierras que todavía conservaban. En esta zona había una imagen oculta, que un día se apareció al moro más poderoso, llamado el Can de Vico, cuando subía la cuesta desde el Cidacos al altozano del barrio donde hoy se halla el monasterio. La encontró envuelta en un resplandor celestial, sobre un romero, hiniesta o retama silvestre, sentada en un trono, vestida de luces como el sol y llevando a su hijo Jesús en la mano izquierda. Tras el milagro, se convirtió al cristianismo, se bautizó y se consagró a ella construyendo una ermita en el lugar de la aparición, en cuyo centro colocó la imagen. Él mismo fue el primer ermitaño hasta su muerte, tras la cual hubo siempre allí uno o dos para seguir manteniendo el culto.

En La Rioja, la dominación árabe fue breve, desde el siglo VIII al XI aproximadamente, y con intervalos, pues tan pronto se ganaba una zona como se perdía. Arnedo se reconquistó a principios del siglo X (hacia el 923) y Calahorra, un siglo más tarde (1045), siendo probable que la leyenda se gestara en torno a esta época. Tenemos, por tanto, una invención de la imagen en circunstancias fabulosas, fruto de la imaginación popular (leyenda de la aparición en la época de la reconquista) y un intento de explicación racional o desmitificación del suceso por parte de los cronistas eclesiásticos e historiadores (ocultación de imágenes en tiempos anteriores, durante la conquista árabe o incluso visigoda). Según Juan Antonio Quijera Pérez, esta leyenda hay que incluirla dentro del tema mítico de las ocultaciones y apariciones de imágenes en lugares considerados como sagrados, concretamente en árboles o elementos vegetales. En este caso el que halla la imagen es un infiel que luego se convierte, claro ejemplo de antiquísimo centro cultural y religioso antes ocupado por una religión predecesora, que fue absorbido por la aparición del cristianismo. A la luz de todo analizado, podríamos lanzar la hipótesis de que durante la Edad Media, en Vico o en sus alrededores pudo existir un pequeño núcleo o barrio musulmán al menos desde mediados del siglo X, cuyos habitantes se quedaron allí tras la reconquista, y una especie de santuario con alberguería advocado a Santa María de Vico, no anterior a las postrimerías del siglo XII, época en que debe datarse la talla románica, y existente ya con toda seguridad a comienzos del XIII, época en la que hoy por hoy se fecha su primera cita documental.

Aunque los diversos estudiosos hayan exagerado la antigüedad de la talla (Padres Anguiano, Tarazona y Morales), es evidente que la conservada en la actualidad no es ni la que escondió el cristiano ni la que encontró el moro, pues es románica de finales del siglo XII. Se realizó en madera dorada y policromada, aunque, como es usual, no ha subsistido la pintura original sino la suma de muchas manos acumuladas a lo largo de los siglos.

Es de canon pequeño, parecido al de Nuestra Señora de las Nieves o de Hayuela en Cañas, pues mide 74 cm de altura total (60 sin peana) x 23 cm de anchura x 16 cm de profundidad. A pesar de ser una imagen exenta o de bulto redondo, sólo está tallada por la parte delantera, siendo el dorso liso y plano. No es una imagen-relicario pues no tiene cavidad posterior para contener reliquias. En cuanto a tipología, es una Virgen en majestad, hierática, sedente, entronizada y frontal. Según los tipos heredados de Roma y Bizancio, es *Dei Genitrix* o *Theotokos* por ser Reina y Madre de Dios; es *Panagia Nikopoia*, *Kiriotissa* o *Arzonera* por mostrarse sedente, frontal, hierática y con Jesús sentado en sus rodillas; es *Mater Christi* por ser la Madre de Dios encarnado; es *Sedes Sapientiae*, *Tronum Dei* o Trono de Salomón por ejercer como Trono de la Sabiduría Divina. En cuanto a la postura de Jesús, es un tipo intermedio entre la Virgen simétrica, con el Niño centralizado y frontal, y la Virgen asimétrica, que lo muestra lateralizado en una rodilla y de perfil. Aquí, Jesús se sienta en la rodilla izquierda de su Madre completamente de frente, rompiendo la simetría pero no la ley de frontalidad.

La escultura se asienta sobre una peana sobredorada en forma de paralelepípedo, decorada con motivos geométricos que imitan labores de orfebrería y pedrería. Es bastante singular por su considerable altura, no usual en imágenes contemporáneas. La Virgen, por su condición de reina, está sentada sobre un trono muy sencillo y liso. El rostro es de facciones serenas con rasgos muy resaltados por la policromía. Lleva un velo que le cubre la cabeza y se adapta a ella encuadrando la cara pero sin enmarcar el cuello, a modo de toca y sin ondularse. También cubre el cabello, del que sólo se aprecia el arranque de unas pequeñas ondas rubias a ambos lados de las sienes. Sobre el velo lleva una corona que no es la original. Ésta se desmochó en el siglo XVII para colocar otra barroca, que no estaba de acuerdo ni con el estilo ni con el tamaño de la imagen. La que exhibe en la actualidad se rehizo a modo de diadema con tres florones o resaltes lobulados en la parte superior.

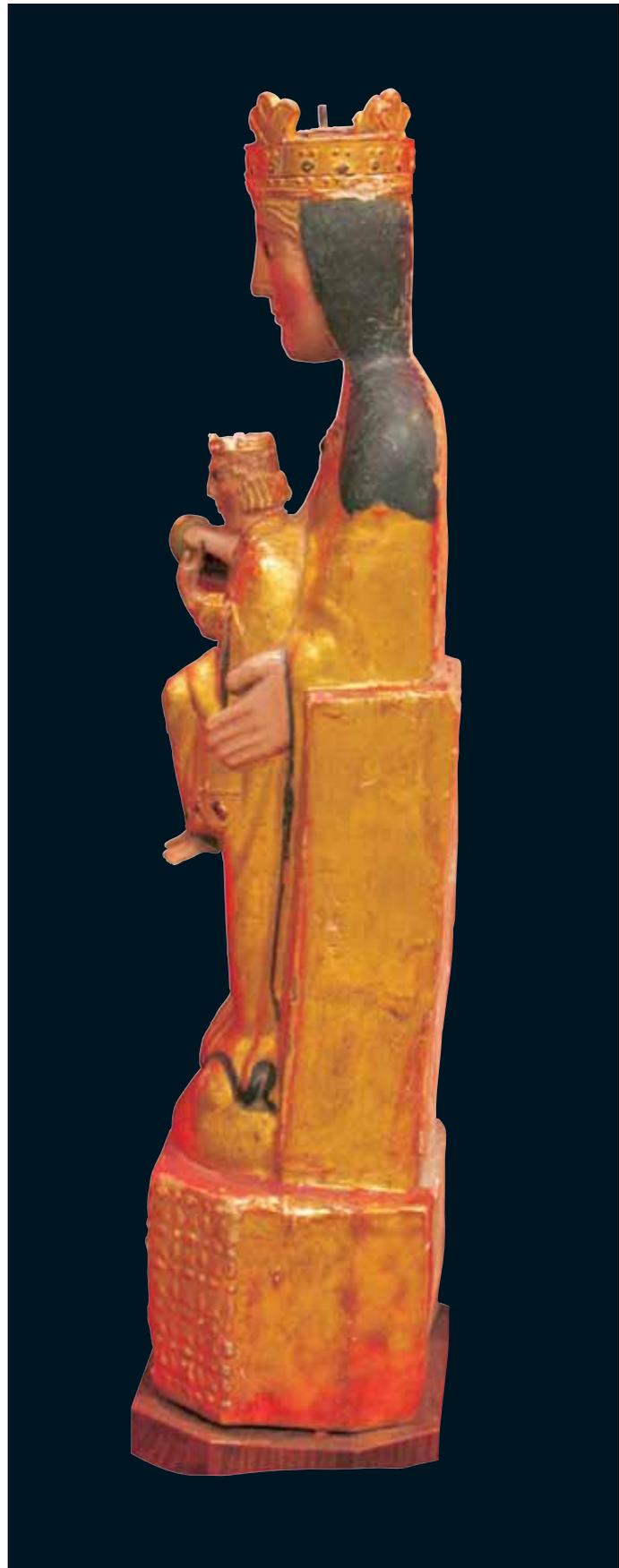
La indumentaria es sencilla, siguiendo el modelo clásico. Lleva una túnica talar o rozagante dorada con cuello redondo o "a la caja". Se adorna con bandas que imitan labores de orfebrería o pedrería en la cenefa del escote y

en la franja central que baja desde éste a los pies (*clavus*), a base de gemas simuladas de forma circular y romboidal. La fimbria termina en tres estilizadas ondas, pliegues o dobleces, que aparecen también en las vírgenes de Nájera, Valvanera y en las dos de Cañas, aunque con una factura distinta en cada caso. Este borde inferior se remata con una línea azul que quizás intente desvelar el color interior de la túnica, ya que también es de este color el revés de las mangas –tan anchas que llegan casi hasta los pies– y sus laterales, que también están perfectamente remarcados por otra línea azul. El torso es totalmente plano, sin la más leve insinuación del pecho. El manto, también pintado de azul, está colocado sobre la túnica. En este caso la policromía ayuda a diferenciar ambas prendas. En realidad es una especie de capa corta, continuación del velo, que no se sujeta al cuello con broche ni con cuerda y sólo cubre los hombros dejando ver la túnica casi por completo. Un velo similar, que cae a modo de capa sobre los hombros, exhibe Santa María la Real de Nájera y Santa María de Iguácel en La Garcipollera, Huesca (hoy en el Museo Diocesano de Jaca).

La actitud de las manos sigue las pautas comunes. La derecha ha sufrido varias modificaciones hasta llegar a la que exhibe hoy, sujetando una manzana, que no es la original. Con la mano izquierda sujeta al Niño lateralmente por la parte inferior, a altura de sus piernas, siguiendo la tipología de Virgen de apoyo o sustentante. Las piernas se muestran ligeramente divergentes, pues están más separadas en la zona de las rodillas que en los tobillos. Los pies, que descansan sobre una superficie curva a modo de bola o cojín esférico, se cubren con el característico calzado puntiagudo.

El Niño se asienta sobre su progenitora en posición totalmente frontal pero rompiendo el eje vertical de la imagen al situarse en su rodilla izquierda. Su cabeza no parece infantil sino de adulto, manteniendo una actitud idéntica a la del Cristo en majestad. Lleva una corona de rey pequeña y sencilla, a modo de diadema decorada con bolas. El cabello es rubio, y su indumentaria es similar a la de la Virgen, con algunas variantes. Lleva túnica talar y el manto se dispone a manera de toga romana, como los de las vírgenes de Nieva de Cameros, Nájera, Valvanera, Palacio y Arnedillo. Va descalzo, y en cuanto a la postura de manos, al igual que el Cristo en majestad adulto, con la derecha bendice de frente alzando tres dedos según la manera latina, y con la izquierda sostiene el Libro de los Evangelios o de la Vida.

Estilísticamente los rostros son hieráticos, adustos, inexpresivos, intemporales, antinaturalistas, mayestáticos, solemnes, sin el menor contacto entre Madre e Hijo. Ella



Virgen de Vico. Vista lateral

aparece como una emperatriz sedente en su trono, con porte de reina distante, rasgos austeros, aspecto grave, rígido, frío, dogmatizante y majestuoso. Sus ojos son grandes para expresar esa mirada grave, profunda, alejada, trascendente e interiorizada. El Niño no mantiene ningún contacto con su Madre, pues ella es sólo un trono o expositor suyo. Las proporciones tampoco son reales, siendo una imagen bastante geométrica, de configuración corporal plana, con cabeza demasiado grande, hombros estrechos,

Virgen de Vico. Detalle del rostro



pequeños y rígidos aunque bien modelados, y piernas exageradamente largas en relación al tronco. Los pliegues son poco acusados, tensos, rígidos, rectos, geométricos, caligráficos, apenas insinuados, sin volumen, de configuración lineal. Recuerdan a la corriente bizantinista que invade la escultura románica a mediados y finales del siglo XII. La escultura sólo tiene algunos detalles que la humanizan algo: el ademán de sostener al Niño y la leve sonrisa en el rostro, que es típica de finales del siglo XII. Para José Gabriel Moya Valgañón, tanto ésta como la de Santa María de Palacio en Logroño, siguen el modelo de la Virgen francesa de Rocamadour.

La efigie de Vico sufrió desde comienzos del siglo XVII multitud de añadidos, retoques, mutilaciones y adornos postizos, que la transformaron por completo. Se la vistió con manto, corona, rostrillo, flor, cetro y toisón de oro. Su mano derecha fue arrancada y sustituida por otra más grande para que, sobresaliendo por el manto de tela, sostuviera un ramo de flores y un cetro e hiciera juego con los ropajes. Su corona también se desmochó, así como la parte alta de la cabeza, para colocar otra grande y dorada que imponía la moda barroca. Como desde el siglo XVII nadie había visto la imagen original, desapareció la memoria de cómo era, y la conciencia de recuperarla no surgió hasta mediados del XX, época en la que se despojó de todos sus añadidos, pero sólo en determinadas ocasiones. La retirada definitiva de todos ellos y su restauración, realizada por el escultor cerverano Vicente Ochoa, no se produjo hasta 1980.

Texto y fotos: MSR

Bibliografía

- ABAD LEÓN, F., 1971, pp. 201-203, 208, 251; ABAD LEÓN, F., 1987; ABAD LEÓN, F., 1990, IV, pp. 61-63, 74-75; AMIAX, J., 1608, p. 30; ANGUIANO, M. de, 1701 (1985), pp. 542, 543, 592; CANTERA MONTENEGRO, M., 1988b, pp. 455-470; CARRILLO, L., 1794, pp. 19-36; CARRILLO, L., 1794 (1861), pp. 12-21; FERNÁNDEZ DE BOBADILLA Y RUIZ, F., 1954 (1998), pp. 41-43; FERNÁNDEZ DE BOBADILLA Y RUIZ, F., 1976, pp. 173-197; HERNÁNDEZ DE LA TORRE, D., 1722, pp. 216-220; LÓPEZ DE SILANES VALGAÑÓN, F. J. I., 2000, pp. 206-207; MORALES, M., 1917, pp. 15-46; MORALES DE SETIÉN GARCÍA, J., 1954 (1998), pp. 11-48; MORALES DE SETIÉN GARCÍA, J., 1986; MOYA VALGAÑÓN, J. G., 1975, I, p. 130; MOYA VALGAÑÓN, J. G., 2006c, II, p. 204; ORTIGOSA, F., 1766; QUIJERA PÉREZ, J. A., 1987, pp. 190-191; RODRÍGUEZ Y RODRÍGUEZ DE LAMA, I., 1979, III, doc. 488; RODRÍGUEZ Y RODRÍGUEZ DE LAMA, I., 1989, IV, doc. 554; SÁENZ RODRÍGUEZ, M., 1994b, pp. 31-46; SÁENZ RODRÍGUEZ, M., 1997a, pp. 19-36; SÁENZ RODRÍGUEZ, M., 2005c, pp. 162-181; SÁENZ RODRÍGUEZ, M. y ÁLVAREZ CLAVIJO, M^a T., 2007, pp. 161-182; SAINZ RIPA, E., 1988a, p. 50; SOPRANIS SALTO, J. A. y FERNÁNDEZ DE BOBADILLA, F., 1954 (1998), pp. 26-28.